

La palabra exacta de Manuel Calvo

EDMUNDO CONCHA

En un medio cultural como el nuestro, donde la mera repetición de conceptos deslumbra todavía a mucha gente, encontrar a un intelectual auténtico, o sea un hombre que examina la realidad por su cuenta, con una visión no estorbada por los prejuicios ni por los convencionalismos, resulta de hecho un hallazgo vitalizador que bien merece ser destacado.

Hay ciertamente dos clases de intelectuales. Por decisión y por vocación. Los primeros, de memoria inoxidable, son meras estaciones repetidoras de ideas ya envasadas. Los otros, originales y alertos en sus enfoques, son exploradores que se alejan de los caminos pavimentados, se internan por la selva virgen de la vida misma, y de ahí extraen sus presas.

Uno de los rasgos distintivos de estos últimos es que, al no perder a ninguna edad su capacidad de asombro, ven a veces el mundo un poco a la manera de los niños —y de los poetas—, vale decir, como por primera vez. Al contrario de muchos adultos, no sólo miran; también ven. Es ésa, desde luego, una facultad natural que no se aprende en los textos ni con los profesores. José Ortega y Gasset, cuyas “Notas de andar y ver” son tan provechosas como recreativas, lo sanciona así: “Se es intelectual involuntariamente, fatalmente”.

Está ahora entre nosotros precisamente un intelectual legítimo, de espíritu meditativo y avizor, señera personalidad de la prensa española, Manuel Calvo Hernando, especialista en periodismo científico.

En una de sus conferencias, entre otros aciertos, ha puntualizado uno tan grande como observado, a pesar de su obviedad: "que la radio informa, que la televisión muestra, y que la prensa explica". ¿Se puede decir en igual espacio algo más elemental, y fundamental, sobre esa cuestionable materia?

He ahí precisión para calificar el destino de los tres medios de comunicación, sin menoscabo de ninguno de ellos. Se puede luego deducir que la prensa escrita tiene un ilimitado futuro, contra lo afirmado por algunos agoreros que divisan su fin nada más que porque su aparición no es instantánea y competitiva, como la de la radio y la de la televisión.

No se puede olvidar, sin caer en el halago interesado, que a la mayoría del público, además de informarla y de mostrarle los hechos, hay que explicarle sus significados, a la luz de una reflexión debidamente fundamentada. Y de ahí la conveniencia —incluso de urgencia— de que los estudiantes de periodismo deban, al elegir esta profesión interdisciplinaria, sentirse atraídos menos por la aventura que por la cultura. Pues sólo así, con el debido aprovechamiento del patrimonio cultural, podrán entregar una mejor interpretación de los sucesos más importantes. Y ésa es y será una necesidad de todos los tiempos, que sólo la prensa escrita está en condiciones de satisfacer gracias precisamente a su "defecto" más señalado: la relativa morosidad de su aparición.